

LIBROS

Francisco García Pavón: «Una semana de lluvia»

Tomelloso, 1919. Doctor en Letras. Profesor de la Escuela de Arte Dramático. Obras: «Cerca de Oviedo» (1946), «Cuentos de mamá» (1952), «Las campanas de Tirteafuera» (1954), «Cuentos republicanos» (1961), «Teatro social en España» (1963), «Los liberales» (1965), «La guerra de los dos mil años» (1967), «El reinado de Wittiza» (1968), «Historias de Plinio» (1968), «El rapto de las sabinas» (1969), «Las hermanas coloradas» (1970). Premio Nadal y Premio de la Crítica.

GARCIA PAVON.—Mi vida no ha tenido complicaciones. Soy de una familia de Tomelloso, tradicionalmente republicana. Mi bisabuelo fue alcalde bajo la primera República. He sido testigo, desde niño, de una gran preocupación por los temas españoles, pero nunca he advertido entre mis parientes la existencia de partidismos radicales.

TRIUNFO.—Tu vocación literaria nació en Oviedo.

G. P.—Pertenece a la primera promoción de la Milicia Universitaria y me fui a Asturias, donde tenía familia, para «hacer» los seis meses. Pero me quedé dos años. Redacté una tesis sobre Clarín y preparé «Cerca de Oviedo», finalista en el Nadal del cuarenta y cinco, cuando lo recibió J. F. Tapia, que saldría en seguida de la órbita literaria. Mi admiración hacia la obra clariniana era, y es, muy grande. «La Regenta» se encuentra, a mi entender, entre las tres primeras obras de la novelística española: el «Quijote» y «Fortunata y Jacinta» son las otras. En pocas novelas puede observarse una crítica social tan aguda.

T.—Jean Becarud ha realizado un buen análisis sociológico de esta novela.

G. P.—Nadie «social» como Clarín, sin que su in-

quietud invalide nunca la calidad de la obra. Sin embargo, escribió una pieza teatral que también debemos considerar «social» y aquí, en Madrid, se la patearon. Creo que fue un modo de vengarse de sus críticas.

T.—Tu primera novela, «Cerca de Oviedo», estuvo prohibida en aquella provincia, si nuestras noticias no fallan, durante muchos años. Es, naturalmente, una novela satírica.

G. P.—No exactamente. Pero no pude evitar el desarrollo, como telón de fondo, de una descripción de la sociedad ovetense de aquel tiempo. Tal vez algunos se vieron reflejados en la novela, se identificaron con algún personaje. «Cerca de Oviedo» no tiene nada de subversivo.

T.—La escuela francesa «de la mirada» toma a veces como un pretexto, o como un simple recurso técnico, las fórmulas del género policíaco. Sobre una estructura de este

sento humanizados, inscritos en nuestro contexto social. Cada narración es el resultado de una confluencia de vivencias. Los personajes y su mundo constituyen un producto o un reflejo de mis propias experiencias y recuerdos. El protagonista, Plinio, ha sido creado sobre la imagen de un jefe de la Policía Municipal que, en Tomelloso, reunía a los amigos y les contaba casos relacionados con su oficio. Asistí a muchas de estas reuniones que, sin duda, me impresionaron vivamente, y las conservé, quizá, en el subconsciente. Ahora las transformo preservando su sabor primero. Me hablaba un día Buero Vallejo de mi suerte por haber nacido y vivido en Tomelloso. Es verdad que ofrece las ventajas de un pueblo sobre la gran ciudad. Conoces mejor a la gente, puedes seguir paso a paso biografías enteras...

T.—Pero tú no has hecho ni haces novela «social».



carácter elaboran una narración concebida de un modo peculiar. ¿Es análogo tu intento?

G. P.—Lo que yo vengo haciendo, desde mil novecientos sesenta y siete, es diferente. No suelo leer novelas policíacas, porque me aburren. ¿Cómo habría de escribirlas? Mi técnica responde a otros planteamientos. Sobre una fábula centrada en un hecho, este sí policíaco, se me enredan los tipos, y los pre-

G. P.—Ni «social», ni costumbrista, ni naturalista. Yo no trabajo con clichés. Por otro lado, me baso en esquemas narrativos tradicionales, sin concesiones a ningún «experimentalismo». Tampoco me preocupo excesivamente del lenguaje; soy estilista de modo espontáneo. En cierta manera, mi intento consiste en la recreación del lenguaje rural, no sólo en el plano del vocabulario, sino también en la construcción del ritmo. Me

gustan, no obstante, las narraciones sociológicas auténticas, las que no son panfletarias. Pienso, por ejemplo, en el Lazarillo. También pienso en una novela de la posguerra, el Pascual Duarte de Cela. Cela era, entonces, un hombre de derechas y, sin embargo, nos ha dejado el testimonio más perdurable en la línea de la última novela social. El Pascual Duarte aún está en las bibliotecas y estará por mucho tiempo.

T.—¿Cómo debe ser, en consecuencia, el escritor?

G. P.—El narrador maduro muy tarde, pero la adolescencia condiciona su mundo. Por lo menos, ha condicionado el mío. Un escritor tiene que ser el que es. Un libro se parece a un hombre: lo que importa es lo que es, no lo que simula. La literatura, el arte, consiste en comunicarse. La autenticidad es una especie de hormona literaria; lo demás es oficio.

T.—¿Tu actual trabajo?

G. P.—Escribo, continuando con la serie, una novela. Se llamará «Una semana de lluvia». Llueve durante siete días y cambia todo el pequeño mundo de mi relato. ■ EDUARDO G. RICO.

La adolescencia de Golding

Joyce, Green, la Beauvoir, posiblemente Sartre muy pronto, Peter Weiss, Nourissier: son innumerables los escritores que nos han relatado la crisis de su adolescencia, generalmente en libros de memorias que han conocido una enorme difusión o en libros más o menos novelados (caso de Joyce: «El artista adolescente»), más o menos sinceros, pero siempre, en los ejemplos que hemos apuntado, de muy alta calidad literaria. A estos nombres debemos sumar el del novelista inglés William Golding, que en una de sus últimas obras («La Pirámide», Ed. Lumen, Colección «Palabra en el tiempo») expone con singular brillantez su caso peculiar. ¿El suyo? Realmente se trata de una novela, con personajes muy bien definidos, sobre el fondo de un paisaje social y natural concreto. Pero el valor puramente humano de la narración del proceso de maduración de un adolescente alcanza en la visión de Golding una hondura tal que hemos de pensar que nos está relatando un episodio de su propia biografía. Sin el cinismo de Nourissier, sin la lucidez ni el radicalismo filosofi-

co de Joyce, sin la religiosidad de Green, pero hundido en la vida hasta los codos, dueño de una profunda experiencia humana, Golding convierte su novela en una suerte de amarga confesión — así lo parece al menos — que alcanza emotivamente al lector. Cabe, pues, pensar que lo vivido por el autor, envuelto, claro, por elementos de ficción, constituye la línea en que se vertebra la historia narrada en «La Pirámide». Particularmente destacable en la obra es su anécdota amorosa, contada de un modo directo, sin ningún temor, pero dentro de una extraordinaria sobriedad.

Golding —novelista y poeta de ya larga obra y bien fundamentado prestigio— nos describe muy certeramente el difícil proceso del salto de la adolescencia a la juventud, con lo que supone de asunción de responsabilidad y también de desencanto, liquidación de ilusiones y corrupción de la inocencia, con la tremenda crisis que estos hechos comportan. Está sustancialmente basado o no el relato en la propia experiencia del autor, la naturalidad, el realismo y la verosimilitud de su novela le prestan, indiscutiblemente, un valor que no dudamos en calificar de testimonial. ■ EDUARDO G. RICO.

La «Humanæ Vitæ»

Eduardo Cierco: «¿Puede cumplirse la «Humanæ Vitæ»?». Ed. Mensajero, Bilbao, 240 págs.

Este excelente escritor católico nos da una visión abierta de la encíclica «Humanæ Vitæ». No entra en polémicas, sin embargo. Cita a todos, aunque se inclina bastante claramente por los autores abiertos y críticos. Pero hace un especial esfuerzo por no traspasar los límites estrictos de la encíclica pontificia. Su intención es clara: procura buscar una interpretación lo más abierta posible de este documento eclesiológico, analizando palabras y frases con paciencia casi «artesanal», para encontrar una explicación positiva que no cierre los caminos, en lo posible. Su intento es muy meritorio y útil. Pero además nos gustaría que su opinión se conociera mejor y más claramente en el libro o fuera de él, y también que en esa misma línea, en la próxima obra que esperamos de él, le diera una redacción más personal y menos analítica, para conseguir así la postura viva y comprometida que hoy tanto se bus-